

males pueden ser explotados por los hombres sin contrariar la naturaleza.

Siendo dos los modos de adquisición de bienes, como hemos dicho, uno natural, que forma parte de la economía doméstica, y otro comercial ó derivado, y consistente en las operaciones de un vil tráfico, puede decirse que el primero es esencial á nuestras necesidades y un arte noble y honesto, y el segundo es justamente menospreciado, porque no está en la naturaleza y no existe sino por la avaricia de los hombres. Una de las ramas de esta especie de especulación merece, sobre todo, la execración general: hablo del tráfico del dinero que saca provecho de la moneda y altera así su fin propio. El signo monetario ha sido inventado para facilitar los cambios; la usura le hace productivo por sí mismo, y de esto ha tomado su nombre, que en griego quiere decir, parto; porque así como un ser pare otro semejante, así la usura es moneda que pare moneda. Con razón se considera esta especulación la más artificial y odiosa.

#### CAPÍTULO IV

Una vez expuestos y desarrollados los anteriores principios, pasemos á su aplicación; que si la teoría es siempre de primera importancia, la práctica tiene sus exigencias.

La ciencia de la riqueza en sus ramas prácticas consiste en conocer á fondo el género, el lugar y el uso de los productos. Es preciso entender el arte de criar caballos, bueyes, corderos, rebaños de todas clases; saber qué razas son las más productoras y en qué lugar se encuentran; porque el clima influye en la perfección de los animales. La ciencia agrícola es igualmente necesaria. Abraza el grande y el pequeño cultivo, la cría de abejas, de aves, de pescados y de todos los animales que pueden ser útiles. Estos conocimientos son la base de la ciencia de la riqueza.

En cuanto á la riqueza que produce el cambio, su elemento principal es el comercio, que se hace por agua, por tierra y por venta en tiendas y mercados, y que puede ser más ó menos seguro y lucrativo. Viene luego el préstamo á interés y el salario, por último, que puede aplicarse á obras mecánicas ó bien á trabajos meramente corporales.

Existe, además, un género intermedio de riqueza, que participa de la natural y de la mercantil, porque se compone de los productos de la naturaleza y de las operaciones del tráfico. Consiste en la explotación de los montes y de las minas, cuyas divisiones son tan numerosas como los metales que se extraen del seno de la tierra. No entraremos en más detalles, útiles tan sólo á los res-

pectivos oficios. Entre ellos son más nobles los que menos dejan á la casualidad; más mecánicos los que más deforman el cuerpo; más serviles los que más le ocupan, y, en fin, más degradados los que exigen menos inteligencia y mérito. Por lo demás, tenemos escritores que han profundizado estas materias: Chares de Paros y Apolodoro de Lemnos se han ocupado del grande y pequeño cultivo. Todas las artes y oficios han sido profundizados por otros autores. Los que quieran adquirir conocimientos más amplios acudirán con provecho á sus obras. Los especuladores diestros deben acudir asimismo á ellas en interés propio.

Citaré únicamente á Tales de Mileto; hizo una especulación lucrativa, cuyo éxito se atribuyó á sus raros conocimientos, por más que otro menos sabio hubiera sido de ella capaz. Sus conocimientos astronómicos le habían hecho sospechar que la recolección próxima de aceituna sería abundante, y á fin de evitar nuevos reproches acerca de su pobreza, que la filosofía no había bastado á vencer, empleó el poco dinero que poseía en pagar fianzas para alquilar todos los lagares de Mileto y de Chíos; pudo alquilarlos en un precio moderado, por no haber más competidores. En el momento de la recolección hubo muchos labradores que los necesitaron, y que se los pagaron al precio que quiso. El provecho fué considerable, y Tales

demonstró con esta especulación hábil que los filósofos, cuando quieren, saben fácilmente enriquecerse, aunque éste no sea el objeto de sus desvelos.

Se cita esto como ejemplo de habilidad por parte de Tales; pero repito que su operación no exigía una ciencia tan profunda, y que está al alcance de todo el que pueda hacer grandes acaparamientos. Así los gobiernos emplean algunas veces el monopolio en la penuria de sus créditos, y se sirven para ello de la venta exclusiva. Un siciliano tenía una suma considerable de dinero, y la empleó en comprar todo el hierro que había en las fraguas. Pronto los mercaderes, al no encontrar hierro sino en su casa, hubieron de pagárselo á doble precio. Dionisio tuvo noticia de esta especulación, y no despojó al diestro especulador de su ganancia; pero le ordenó salir de Siracusa, en vista de que tal sistema de comercio era perjudicial al Estado. Este siciliano había hecho igual cálculo que Tales: ambos se habían enriquecido con el monopolio. Los expedientes de este género son buenos de conocer, aun por los jefes de los Estados. Muchos gobiernos necesitan, como las familias, de estos medios para enriquecerse. Y aun puede decirse que sola esta parte de la ciencia política debería ocupar á muchos gobernantes.

## CAPÍTULO V

Hemos dicho que la administración de la familia descansa sobre tres poderes: el del amo, el paternal y el marital. En efecto; el padre de familia está investido de una autoridad natural sobre su mujer y sobre sus hijos; pero les manda como á seres libres, y el poder que sobre ellos ejerce no es el mismo. Tiene sobre su mujer autoridad de magistrado constituido en el sistema de igualdad. Reina sobre sus hijos como monarca. El macho debe mandar á la hembra; es este un orden natural que no puede quebrantarse. El padre, en la madurez de la edad y de la razón, debe dirigir al hijo, más joven é imperfecto. Tal es la ley de la naturaleza. Es cierto que en el orden político, fundado sobre principios de igualdad, el magistrado manda para obedecer á su vez, porque entre seres iguales no hay prerrogativas. Pero hay distinciones reales de respeto y de consideración entre el que manda y el que obedece. Así pensaba Amasis cuando contaba la historia de su lebrillo. Tal es la relación que existe entre marido y mujer. La autoridad del padre sobre sus hijos tiene, por el contrario, un carácter real. El cariño y la edad dan á los padres el mismo poder que á los reyes; y cuando Homero llama á Júpiter: *Padre inmortal de los hombres y de los dioses,*

añade con razón que es también un rey; porque un rey debe á la vez ser superior á sus súbditos por sus facultades naturales, y, sin embargo, ser de su misma raza. Tal es precisamente la relación entre el más viejo y el más joven y entre el hijo y el padre.

Se sigue de aquí que aquel que está investido de autoridad en la familia debe ocuparse más de los hombres que de la adquisición de las cosas; de la virtud de los individuos que de la cualidad de los bienes; de los seres libres que de los esclavos. La primera cuestión, en cuanto al esclavo, es saber si puede esperarse de él, además de su cualidad de instrumento ó servidor, alguna virtud, como la sabiduría, el valor, la justicia, ó bien si no es susceptible sino de prestar servicios corporales. Ambas opiniones son dudosas; porque si el esclavo es susceptible de virtudes morales, ¿en qué se diferencia del hombre libre? Y si se le niegan, ¿se le negará absurdamente la razón, siendo, como es, hombre? La cuestión es casi la misma respecto de la mujer y del niño. ¿Cuáles son sus virtudes especiales? ¿Puede la mujer ser sabia, valerosa y justa como el hombre? ¿Puede ó no el niño domar sus pasiones? Y, en general, el sér destinado á mandar por naturaleza y el destinado á la obediencia, ¿tienen iguales virtudes? Si todos son susceptibles de las mismas virtudes, ¿por qué unos mandan y otros obedecen? No hay aquí

diferencia posible del más al menos, porque la autoridad y la obediencia difieren específicamente. Exigir virtudes á uno y no á otro sería aún más extraño. Si el que debe mandar no es prudente ni justo, ¿cuál será la razón de sus mandatos? Si el que obedece es vicioso, ¿cómo discernirá al ejecutar? Desobediente y perezoso, faltará á todos sus deberes. Son, pues, en ambos necesarias ciertas virtudes, pero tan diversas como son las especies de seres destinados por la naturaleza á la sumisión. La composición de nuestra alma demuestra este principio. Tiene dos partes: una dispuesta para mandar, otra para obedecer, y las cualidades del entendimiento son distintas de las del apetito. Esta armonía coordinada existe en todas las obras de la naturaleza. Así el hombre libre manda al esclavo de un modo completamente distinto que el marido á la mujer y que el padre al hijo; y, por tanto, los elementos esenciales del alma existen en todos los seres, pero en muy diversos grados. El esclavo está absolutamente privado de voluntad; la mujer la tiene, pero sometida; el niño la tiene muy incompleta. Lo mismo sucede con las virtudes morales. Deben suponerse en todos los seres, pero en la proporción indispensable al destino de cada uno. El ser que manda debe tener la virtud moral en toda su perfección, y su tarea es ordenar con arreglo á la razón. En cuanto á

los demás, no deben tener más virtudes que las que requieren las funciones que desempeñan. Reconozcamos, pues, que todos los seres de que acabamos de hablar tienen su parte de virtud moral; que la prudencia, la fuerza y la justicia del hombre no son las de la mujer, como Sócrates ha creído. En el hombre tendrán siempre el sello del mando; en la mujer, el de la obediencia. Digo otro tanto de todas las demás virtudes; y su análisis hará esta verdad más notoria. Inútil es decir en general que la virtud es una buena disposición del alma, y la práctica de la sabiduría, ó definirla con otra idea vaga equivalente. A tales definiciones prefiero el método de los que, como Gorgias, han enumerado las virtudes. Es indispensable señalar individualmente el carácter de todas. Un poeta ha dicho de la mujer que *su mejor virtud es un modesto silencio*; y forzoso es confesar que no lo sería en un hombre.

Siendo el niño un ser incompleto, su virtud no consiste en apoyarse únicamente sobre sí mismo, sino más bien sobre una virtud más perfecta que dirigirle debe. Asimismo la virtud del esclavo no le es necesaria sino en proporción muy corta, puesto que basta que no descuide sus trabajos por desobediencia ó pereza. Pero, sentado este principio, podrá decirse que los obreros deberán también ser virtuosos, puesto que la intemperancia puede separarles de sus tra-

bajos. Pero hay una gran diferencia entre el esclavo y el obrero. Aquél siempre está á la vista de su amo; éste es más independiente, y su servidumbre se limita á desempeñar ciertos trabajos viles. La naturaleza ha hecho el esclavo, pero no el albañil ni el zapatero. Concluiremos de estos principios que el esclavo tiene virtudes cuya causa necesaria es el amo, aunque no tenga, en cuanto amo, que comunicarle el aprendizaje de sus trabajos. Así, pues, se engañan los que rehusan la razón á los esclavos y creen que obedecen por instinto. Por el contrario, se les debe reprender con más indulgencia y cuidado que á los hijos. Nos falta tratar de la mujer y del marido, del padre y de los hijos; de las virtudes que les son propias, de sus relaciones en el comercio de la vida, de los deberes que deben cumplir y de los actos que deben evitar. Estos conocimientos son anejos á los estudios políticos. En efecto: una familia es parte integrante del Estado. Las mujeres y los hijos son parte de la familia, y la virtud de la parte debe estar en relación con la del todo. Es preciso, pues, que la educación de los hijos y la de las mujeres esté en armonía con la organización política, si realmente importa que la familia esté bien gobernada, para que lo esté á su vez el Estado. No es este asunto de pequeña importancia, porque las mujeres componen la mitad de las personas libres, y los hijos se-

rán un día los ciudadanos de la república. Pero en otro lugar hemos de ocuparnos de estas cuestiones importantes. Creemos haber tratado suficientemente esta cuestión, y pasamos á otra no menos importante: á examinar las opiniones emitidas acerca de la mejor forma de gobierno.

## LIBRO SEGUNDO

**Examen crítico de las teorías anteriores  
y de las principales Constituciones.**

### CAPÍTULO PRIMERO

Buscar entre todas las asociaciones políticas la que debe procurar á los hombres mayor bienestar: hé aquí el problema que debemos resolver. Necesario es comenzar por examinar las Constituciones actuales más alabadas por sus disposiciones sabias y las imaginadas por los filósofos, deteniendonos sólomente en las más notables. Procuremos descubrir en cada una lo que de aplicable y bueno tiene, y demostrar que no es por orgullo ni por presunción por lo que buscamos un sistema de gobierno diferente de todos los conocidos, sino por creer á todas las conocidas instituciones viciosas.